

JULIO DE 1936: ¿UN EJÉRCITO DIVIDIDO?

Fernando Puell de la Villa
IU Gral. Gutiérrez Mellado (UNED)

Publicado en Jorge Martínez Reverte (coord.) (2012), *Los militares españoles en la Segunda República*. Madrid: Pablo Iglesias, pp. 77-98.

Resulta sorprendente que transcurridos setenta y cinco años del golpe de Estado de julio de 1936 aún no dispongamos de datos precisos sobre cuántos generales, jefes y oficiales se alzaron en armas para derrocar a un gobierno legítimamente constituido, ni que tampoco conozcamos la cifra exacta de los que, haciendo honor a la palabra empeñada en abril de 1931, obedecieron disciplinadamente las órdenes impartidas para sofocar la sublevación parcial de determinadas divisiones orgánicas y comandancias militares¹.

Lo único que puede afirmarse con certeza es que el golpe fue preparado por un puñado de generales, con la activa colaboración de unos 500 jefes y oficiales y, según muchos indicios, con el aplauso de la inmensa mayoría de los 32.249 cuadros de mando del Ejército de Tierra, incluidos en esta cifra los 351 generales en situación de reserva, alrededor de 10.000 retirados y 5.386 oficiales de complemento (Gráfico n.º 1).

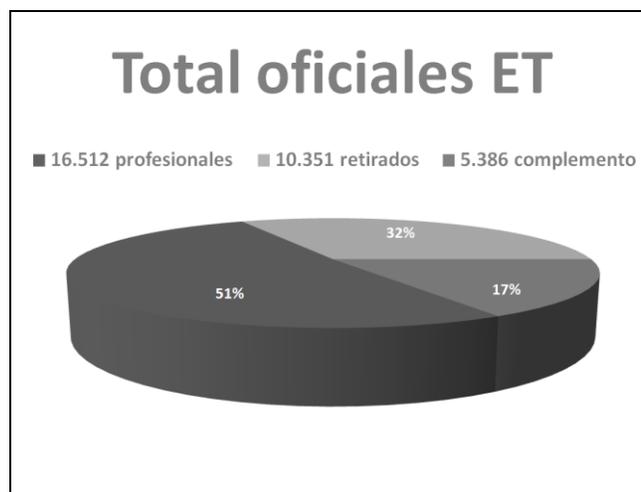


Gráfico n.º 1: Cuadros de mando del Ejército de Tierra
(Fuente: *Anuario Militar de España*, 1936).

¹ Todos los oficiales que permanecían en activo en 1936 habían firmado de su puño y letra al pie de un documento encabezado por la frase «Prometo por mi honor servir bien y fielmente a la República, obedecer sus leyes y defenderla con las armas». Decreto de 22 de abril de 1931, art. 2, *Gaceta de Madrid* (GM), n.º 113.

Como se puede deducir de lo anterior, en este trabajo se contemplará solamente la postura adoptada en el momento de la sublevación por la oficialidad del Ejército de Tierra. Ello es debido a considerarla como el principal bastión del golpe y también por englobar a los destinados en el Servicio de Aviación y a los mandos de la Guardia Civil, de la Guardia de Asalto y del Cuerpo de Carabineros². Por otra parte, la entidad numérica de los mandos de la Armada era mucho menor y prácticamente todos se sublevaron³.

También conviene tener en cuenta que el número exacto de militares en situación de reserva y retirados es muy difícil de calcular con precisión, toda vez que el *Anuario Militar de España*, cerrado el 1 de abril de 1936, sólo contabilizaba a los 351 generales que habían pasado a la primera de las citadas situaciones. Sin embargo, conviene no desdeñar el papel desempeñado por los retirados en la sublevación, en cuya preparación y ejecución intervinieron muy activamente, pasando después a engrosar las filas del bando rebelde en proporción similar a quienes estaban en activo. Su entidad numérica, estimada en torno a los 10.000 individuos, es ya de por sí suficientemente significativa y más si se considera que muchos de ellos desempeñarían puestos muy relevantes en el ejército franquista, como fue el caso de Dávila o Kindelán.

Además, los retirados, como ya intuyó Azaña en vísperas de la Sanjurjada, llevaban años conspirando: «hay unos cuantos, no sé el número, 50, 100, 200, que por lo visto no están contentos o se han arrepentido de haberse retirado, o esperan catástrofes que no se han producido, y ejercen una acción constante o intermitente en contra de la República»⁴. Recuérdese también que su firme apego a la Monarquía fue lo que impulsó a muchos de ellos a acogerse al decreto de retiros de 1931, y que estos comenzaron inmediatamente a conspirar para restaurarla⁵. Tampoco debe olvidarse la desahogada posición económica de algunos, lo cual ayudó a subvencionar el golpe, y que a su preparación coadyuvó la facilidad de movimientos de todos, debida tanto a su

² Esta opinión coincide con la aportada por uno de los más reputados historiadores militares, quien además participó directamente en el golpe: «Dentro del Ejército, verdadera alma de las fuerzas armadas y espejo en el que todas ellas se miraban, era donde se había fraguado la conspiración y en torno a él había adquirido unidad, resolución y agresividad». Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2006, t. I, p. 134.

³ De los 767 cuadros de mando del Cuerpo General de la Armada, a cuyo cargo estaban las unidades navales, sólo 38 (el 4,95 por ciento) permanecieron leales a la República. Jeroni F. Fullana, Eduardo Connolly y Daniel Cota, *El crucero Baleares (1936-1938)*, Palma de Mallorca, Leonard Muntaner, 2000, p. 87.

⁴ Manuel Azaña, *Una política: 1930-1932*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934, p. 300.

⁵ Decreto de 25 de abril de 1931, concediendo el pase a la situación de retiro, con el mismo sueldo que disfrutaban en el empleo de la escala activa, a todos los Jefes y Oficiales de las Armas y los Cuerpos del Ejército que lo soliciten del Ministerio de la Guerra, GM n.º 116.

forzosa ociosidad en plena madurez como a disponer de pases de ferrocarril a precio muy reducido, beneficio del que no les privó la República al abandonar voluntariamente el servicio activo.

No obstante, los verdaderos protagonistas del golpe fueron los oficiales en activo y más concretamente los que tenían la aptitud necesaria para ponerse al frente de una unidad armada, es decir, los que pertenecían a las armas de Infantería, Caballería, Artillería e Ingenieros o mandaban unidades de la Guardia Civil y de Asalto o del Cuerpo de Carabineros. Su postura ante la conjura dirigida por Mola desde Pamplona fue lo que realmente determinó que el golpe triunfara en determinados lugares y que fracasara en otros, siendo poco relevante la actitud de capellanes, farmacéuticos, intendentes, interventores, inválidos, jurídicos, médicos, veterinarios, etc. Conforme a este criterio, los cálculos y razonamientos que se realicen a partir de este momento se referirán únicamente a los 12.610 generales, jefes y oficiales en situación de actividad y con mando de armas que figuraban en el *Anuario* de 1936, prescindiendo pues del 60 por ciento de los 32.249 militares profesionales y de complemento antes computados.

De esos 12.610, algo menos de la cuarta parte se puso incondicionalmente al servicio de la República, mientras que casi la mitad apoyó activamente la sublevación. Queda por tanto otro importante grupo, cuyo destino fue bastante trágico. Alrededor de 650, un cinco por ciento del total de oficiales en activo, quedaron atrapados en la zona sublevada y fueron fusilados, o en el mejor de los casos expulsados del ejército, por negarse a apoyar la rebelión o ser considerados afines al ideario republicano. Y a otros 3.000 —los englobados en el término “desafectos” por las autoridades republicanas— les cupo la suerte contraria al fracasar el golpe en la guarnición donde estaban destinados. Unos 2.500 de estos últimos, ante la mera sospecha de simpatizar con los rebeldes, fueron detenidos y enviados a prisión, donde se les ofreció la libertad si se comprometían a empuñar las armas en defensa de la República, conforme a la promesa prestada en 1931. La inmensa mayoría se negó a cumplir con su palabra de honor y, lamentablemente, alrededor de 1.500 fueron víctimas de las sacas de los primeros meses de la guerra; el resto permaneció en prisión hasta el final de la contienda. Otros 500 lograron ocultarse o refugiarse en alguna sede diplomática en espera de pasarse al otro bando (Gráfico n.º 2)⁶.

⁶ Engel ofrece cifras mucho más abultadas, tal vez por incluir en ellas a los retirados y a la oficialidad de complemento, mientras que Salas hace una estimación similar a la aquí manejada, calculada mediante la



Gráfico n.º 2: Militares con mando de armas en julio de 1936.

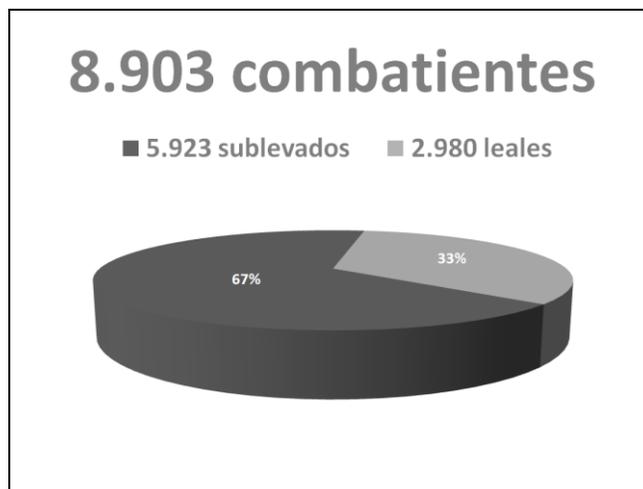


Gráfico n.º 3: Militares con mando de armas que combatieron a favor o en contra de la República en julio de 1936.

Con cierto margen de error, pues las cifras no podrán ser definitivas hasta que se investigue de forma más objetiva que hasta el momento, y también con más detalle, lo ocurrido en cada una de las guarniciones, puede decirse que un total de 8.903 generales, jefes y oficiales con capacidad para mandar unidades armadas se sumaron o se opusieron al golpe. De ellos, 5.923 apoyaron

comparación de los datos del *Anuario* de 1936 con los de las escalillas de 1945, primer año en que volvieron a publicarse las de todas las armas. El primero afirma que 4.450 oficiales ingresaron en prisiones republicanas, de los que 1.729 fueron asesinados (Carlos Engel Masoliver, *El cuerpo de oficiales en la guerra de España*, Valladolid, AF Editores, 2008, p. 11), y el segundo limita este cómputo a 1.500 encarcelados, 1.500 asesinados y 1.000 ocultos o refugiados en sedes diplomáticas (Salas, *op. cit.*, p. 131).

activamente la rebelión y 2.980 se prestaron a ponerse al frente de las columnas mixtas de soldados, guardias y milicianos que trataron de sofocarla (Gráfico n.º 3). Pese a esta desproporción, el hecho cierto es que el golpe fracasó y, a consecuencia de ello, se desencadenó una de las más crueles guerras civiles de la historia de España.

Tradicionalmente, se ha sostenido la tesis de que la guerra civil obedeció a la división del ejército, al apoyar el golpe aproximadamente la mitad de los 16.512 generales, jefes y oficiales en activo relacionados en el *Anuario* de 1936. Para explicar por qué se mantiene aquí el criterio de que las cosas fueron distintas, es decir, que la inmensa mayoría apoyó la sublevación y que sólo una pequeña parte tomó las armas para defender la República, habrá que intentar responder a las siguientes preguntas:

1. ¿Estaba dividido el ejército antes de 1936?
2. ¿Surgieron nuevas fracturas en aquel momento?
3. ¿Qué factores aglutinaban a los militares de 1936? ¿Qué factores los dividían?
4. ¿Cómo se escindió en realidad el ejército al producirse el golpe?
5. ¿Qué factores influyeron para que se escindiese precisamente de esa forma?

Pasemos primero a analizar qué tensiones existían en el seno del ejército, qué factores aglutinaban a los militares profesionales y cuáles los dividían. Las viejas fracturas internas que afectaban a la corporación militar desde mucho antes de 1931 no desaparecieron con el advenimiento de la República, pero no hay constancia de que se intensificaran durante los cinco años siguientes, por lo que puede llegarse a la conclusión de que no debe atribuirse a ellas su escisión en julio de 1936. Cuatro eran los litigios más relevantes que mantenían y a veces enfrentaban a la oficialidad de la época:

1. Transversales de carácter corporativo: procedían del agravio comparativo provocado por la disparidad del sistema de ascensos de la oficialidad de las llamadas armas generales (Infantería y Caballería) y el de los antiguos cuerpos facultativos (Estado Mayor, Artillería e Ingenieros), agravio que se remontaba al siglo XIX, que no resolvió bien la ley Constitutiva del Ejército de 1889 y que hizo eclosión en el manifiesto de las Juntas de

Defensa del Arma de Infantería de 1 de junio de 1917 y en el enfrentamiento de los artilleros con Primo de Rivera entre 1926 y 1929⁷.

2. Verticales de carácter curricular: también desde el siglo XIX, los militares destinados en las guarniciones provinciales se sentían preteridos con respecto a los destinados en Madrid, a causa del clientelismo cortesano y político de estos últimos, que les permitía ocupar destinos mejor retribuidos y, sobre todo, aumentaba sus expectativas de promoción⁸. A esto vino a sumarse desde 1909 el conflicto surgido entre ambos colectivos y el ejército de África, cuyos oficiales fueron especialmente favorecidos en cuestión de recompensas por los gobiernos de Alfonso XIII, llegándose a menudo a extremos que rozaban el escándalo⁹. Azaña trató de enderezar la situación y procedió a anular los ascensos concedidos por méritos de guerra durante la Dictadura, pero Gil Robles anuló casi todas las postergaciones decretadas en 1932¹⁰. Lo uno, eliminó agravios, pero lo otro enfrentó a los ascendidos con el gobierno del Frente Popular.
3. Estructurales de carácter social: en su conjunto, los militares profesionales de 1936 formaban parte de la clase media, aunque no se identificaban con ella por su elitista formación y su tendencia aristocratizante¹¹. Aunque esto no ocasionara fracturas internas, sí provocaba un fuerte sentimiento de frustración, manifestado en un acusado victimismo, con ciertas manifestaciones paranoides, que les impulsaba a responsabilizar a la sociedad, a la clase política y más habitualmente al gobierno de tener la culpa de su marginación

⁷ Ana Isabel Alonso Ibáñez, *Las Juntas de Defensa Militares (1917-1922)*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2004, y Fernando Puell de la Villa, “La cuestión artillera”, *Hispania*, 165 (1987), pp. 279-308.

⁸ Fernando Puell de la Villa, *Historia del ejército en España*, 2.ª ed., Madrid, Alianza, 2009, pp. 114.

⁹ Fernando Puell de la Villa, “Las fuerzas armadas en la crisis de la Restauración”, en Mario Hernández Sánchez-Barba y Miguel Alonso Baquer (dirs.), *Historia social de las fuerzas armadas españolas, t. V: La Restauración*, Madrid, Alhambra, 1986, p. 96.

¹⁰ Decreto de 3 de junio de 1931, disponiendo que los ascensos que por circunstancias y servicios de campaña se concedieron a los Generales, Jefes, Oficiales, clases y soldados del Ejército desde 13 de Septiembre de 1923 se clasifiquen y califiquen del modo que se indica, y ley de 8 de junio de 1935, declarando sujetos a revisión los empleos concedidos después del 13 de septiembre de 1923 como recompensa por méritos de campaña, comprendidos en la relación número 2 del Decreto del Ministerio de la Guerra de 28 de enero de 1933, GM n.ºs 155/1931 y 163/1935.

¹¹ Julio Busquets, *El militar de carrera en España*, 2.ª ed., Barcelona, Ariel, 1984, cap. 2.º: “Los militares, de la aristocracia a la clase media”.

social, de su descrédito profesional y en última instancia de todas las desdichas de la nación española¹².

4. Aparición de minorías politizadas: la oficialidad, escarmentada por la forma en que había sido manipulada por Primo de Rivera, mostraba una marcada tendencia a permanecer al margen de la política y, sobre todo, no estaba dispuesta a poner en riesgo su única forma de vida participando en sediciones de ningún tipo. Pese a ello, durante el periodo republicano surgieron dos minorías bastante politizadas y escoradas hacia los extremismos. La sensación que tuvo Alejandro Lerroux durante su fugaz paso por el Palacio de Buenavista fue que la mayoría de los militares se mostraba indiferente a la forma de gobierno, salvo una minoría relativamente importante que añoraba la época de la Monarquía y otra exigua minoría decididamente partidaria del régimen republicano¹³.

Pueden contemplarse, sin embargo, otros cuatro factores que, al ser unánimemente compartidos por la oficialidad de la época, le proporcionaban una notable cohesión. Los más relevantes eran los siguientes:

1. El alto grado de corporativismo de la profesión militar, que se había ido afianzando por su creciente aislamiento social, su doctrinaria y maniquea formación en academias militares, su autorreclutamiento, su endogamia y su forzosa movilidad geográfica¹⁴.
2. La consolidada tradición intervencionista favorecida por el régimen canovista y que la República no logró extirpar eficazmente¹⁵.
3. El visceral rechazo a la vocación separatista de los partidos nacionalistas surgidos en Cataluña, cuyo estatuto de autonomía, dejado en suspenso tras la revolución de octubre de

¹² José Ortega y Gasset, *España invertebrada: bosquejo de algunos pensamientos históricos*, 2.^a ed., Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, 1.^a parte, cap. 7: “El caso del Grupo militar”, y Emilio Mola Vidal, “El pasado, Azaña y el porvenir: las tragedias de nuestras instituciones militares”, en *Obras completas*, Valladolid, Librería Santarén, 1940, pp. 941 y 942. Ortega escribía en 1921 y Mola en 1934.

¹³ «El Ejército español tiene un espíritu francamente liberal. Una mayoría indiferente a la forma de gobierno y una minoría dividida entre monárquicos y republicanos, estos en número bastante inferior a aquéllos». Alejandro Lerroux, *La pequeña historia: apuntes para la historia grande vividos y redactados por el autor*, Buenos Aires, Címera, 1955, p. 346.

¹⁴ Ortega y Gasset, *op. cit.*

¹⁵ Fernando Puell de la Villa, “El premilitarismo canovista”, en Javier Tusell y Florentino Portero (eds.), *Antonio Cánovas y el sistema político de la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 289-312.

1934, volvió a poner en vigor el gobierno del Frente Popular, comprometido también a aprobar los del País Vasco y Galicia¹⁶.

4. Y por último, el temor a que se reprodujese en España una revolución proletaria similar a la que había tenido lugar en Rusia, sentimiento compartido por todos los militares europeos y acrecentado en España por la amplia difusión en ambientes militares del panfleto titulado *Los protocolos de los sabios de Sión*¹⁷, la lectura del *Boletín de Información* de la Entente anticomunista de Ginebra¹⁸, los tremebundos testimonios aportados por quienes acudieron a sofocar la revolución de Asturias en octubre de 1934¹⁹, y ya en vísperas del golpe de Estado, la fabricación de una serie de documentos que auguraban una inminente revolución comunista orquestada por la Komintern²⁰.

Llegamos ahora al punto más crucial del razonamiento que se viene haciendo para explicar por qué se escindió el ejército y, debido en parte a ello, que el golpe fracasara y se desencadenara una guerra civil. Para ello será preciso identificar las causas por las que un tercio de los conservadores, cohesionados, intervencionistas, antiseparatistas y anticomunistas cuadros de mando de 1936 tomase la decisión de no apoyar un golpe de Estado que pretendía salvaguardar la práctica totalidad de los principios que, como acabamos de ver, tanto valoraba la oficialidad de 1936. Entre las más relevantes podrían señalarse los siguientes:

¹⁶ La llamada prensa militar alentó este rechazo hasta su desaparición en 1932, debida a la pérdida de las subvenciones que recibía del Ministerio de la Guerra, siendo enseguida reemplazada por la prensa conservadora, que continuó agitando las aguas hasta 1936. Ver por ejemplo: Nazario Cebreiros, “El Ejército y los separatistas”, *La Correspondencia Militar*, Madrid, 19 de mayo de 1932, p. 4., e “Interesa al Gobierno”, *ABC*, Madrid, 28 de junio de 1934, p. 15.

¹⁷ *Los peligros judeo-masónicos. Los protocolos de los sabios de Sión. Edición completa con estudios y comentarios críticos de M. E. Jouin, traducción española del Duque de la Victoria*, Madrid, Fax, 1927 (reeditada otras seis veces hasta 1936). El entonces duque de la Victoria, Pablo Montesino Fernández-Espartero, era sobrino nieto del general Espartero y estaba muy estrechamente vinculado con el ejército, del que su sobrino y heredero era capitán de Estado Mayor.

¹⁸ Southworth atribuye al *Bulletin d'Information Publique*, órgano propagandístico de la Entente Internationale contre la Troisième Internationale, la irracional manía persecutoria al “contubernio judeo-masónico-comunista” que acompañó a Franco hasta la tumba. Herbert R. Southworth, *El lavado de cerebro de Francisco Franco: conspiración y guerra civil*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 189-266.

¹⁹ Stanley G. Payne, *Los militares y la política en la España contemporánea*, París, Ruedo Ibérico, 1968, pp. 255-278

²⁰ Southworth, *op. cit.*, pp. 22-26.

1. Fallos de organización: Las instrucciones redactadas por Mola, cuya formación militar era bastante deficiente, no contemplaron algo elemental en cualquier orden de operaciones: planes de contingencia ante la hipótesis más peligrosa. Al atenerse sólo a la, en su opinión, hipótesis más probable, partió del supuesto de que, una vez declarado el estado de guerra en unas cuantas guarniciones, el gobierno tiraría la toalla y cedería el poder a los pronunciados. Recordemos que, entre las directivas dadas a Yagüe a finales de junio de 1936 para ejecutar el golpe de Estado, figuraba esta: «inmediatamente ha de proceder al embarque y traslado de fuerzas a los puntos indicados [Algeciras y Málaga], en inteligencia de que se tiene casi la seguridad absoluta de que este solo hecho será suficiente para que el Gobierno se dé por vencido»²¹. Tampoco tuvo nunca en consideración otra peligrosísima hipótesis: la colosal reacción popular que podría desencadenarse ante una intentona militar apoyada por la derecha más reaccionaria.
2. Falta de información: La comprensible necesidad de mantener la conspiración en secreto tuvo como consecuencia que miles de oficiales no estuvieran al tanto de lo que se tramaba y que, por tanto, se vieran sorprendidos por los acontecimientos. Sin tiempo para reaccionar y bastante irritados por tener que enfrentarse a un hecho consumado, la mayoría tendió a seguir el comportamiento de su inmediato superior jerárquico, lo que fue un factor determinante para el triunfo o el fracaso de la sublevación en el caso concreto de cada unidad y guarnición.
3. Ruptura de la línea jerárquica de mando: Fue un acierto del gobierno poner al frente de las ocho divisiones orgánicas peninsulares a generales de probada lealtad a la República. De los ocho, sólo se sublevó Cabanellas, al que, aunque nombrado por Portela Valladares, todo el mundo consideraba un firme puntal de la República²². Menos acertado fue enviar a Goded a Baleares y peor aún enviar a Franco a Canarias, desde donde pudo mantenerse en

²¹ Directivas para Marruecos, 24 de junio de 1936, inciso 2. Documentos elaborados por el general de brigada Emilio Mola Vidal, comandante militar de Navarra, para la preparación del golpe de Estado de julio de 1936, en Copias de documentos facilitados por el teniente coronel don Emiliano Fernández Cordón referentes a la preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional: Archivo General Militar de Ávila (AGMAv), Fondos de la Guerra Civil (FGC), 31, 4, 8.

²² Decreto de 11 de enero de 1936, nombrando General de la quinta División orgánica al General de división D. Miguel Cabanellas Ferrer, GM n.º 12.

contacto con los mandos del Protectorado sin demasiada dificultad²³. Sin duda otro error fue mantener a Queipo al frente de los Carabineros, donde le había situado Lerroux²⁴. Tampoco en el nivel de los generales de brigada, que tenían bajo su mando las guarniciones provinciales, menudearon los rebeldes. El error más garrafal fue el destino de Mola a Navarra, única provincia española donde había una base social firme para sustentar cualquier movimiento subversivo antirrepublicano²⁵. Este panorama hizo que en la mayor parte del territorio peninsular se rompiera la cadena de mando, a consecuencia de lo cual muchísimos oficiales se enfrentaron al dilema de tener que optar entre permanecer leales a los valores patrióticos que decían defender los muñidores de la sublevación, con los que la mayoría estaba de acuerdo, o mantener la lealtad a sus mandos naturales, que era lo que habían aprendido en la academia siendo aún niños y habían practicado durante toda su carrera militar. Este dilema decantó a muchos de ellos a mantener la disciplina y, por tanto, a situarse al lado de la República.

4. La presencia de dos asociaciones militares clandestinas: la Unión Militar Española (UME), creada poco después que la Falange y cortejada por ésta desde su aparición, y la Unión Militar Republicana y Antifascista (UMRA), cercana al PSOE, fue otro factor de división de cierta importancia, aunque ninguna de las dos tuviera la entidad necesaria para escindir en dos al ejército. La UMRA agrupaba al escueto colectivo de militares abiertamente simpatizantes de la izquierda marxista y la UME a jefes y oficiales opuestos a cualquier grupo político que apoyara a la República y proclives a promover un acto de fuerza que la derrocará, ya fuera para restaurar la Monarquía o para instaurar un régimen

²³ Decretos de 21 de febrero de 1936, nombrando Comandante militar de Baleares al General de división D. Manuel Goded Llopis, actual Inspector Jefe de la 3.^a Inspección General del Ejército, y Comandante militar de Canarias al General de división D. Francisco Franco Bahamonde, actual Jefe del Estado Mayor Central del Ejército, GM n.º 54.

²⁴ Decreto de 15 de febrero de 1935, nombrando Inspector general de Carabineros al General de División del Ejército D. Gonzalo Queipo de Llano y Sierra, GM n.º 48.

²⁵ Decreto de 28 de febrero de 1936, nombrando General de la 12.^a Brigada de Infantería al General de brigada D. Emilio Mola Vidal, GM n.º 61. «Recientemente —escribiría Indalecio Prieto muchos años después— he leído los juicios de un periódico pamplonés, considerando providencial la designación del general Mola para el mando militar de Navarra. Agente de la Providencia fue el mismísimo Gobierno que envió a aquella provincia —única entre las cincuenta de España donde era posible levantar subversivamente a la mayoría de sus habitantes— a tan enconado enemigo, cuya impunidad, si seguía su fracaso, estaba asegurada teniendo libre a sus espaldas el Pirineo». Indalecio Prieto, “Al cabo de veinte años”, *El Socialista*, Toulouse, 19 de julio de 1956, pp. 1 y 2.

corporativo de carácter dictatorial²⁶. No obstante, ambas jugaron un destacado papel en la rebelión de 1936. La UME durante su preparación, al poner a disposición de Mola la eficiente red de enlaces que permitió involucrar en el golpe a la práctica totalidad de las guarniciones²⁷. Y la UMRA fue determinante en la neutralización del golpe en Madrid, Barcelona y Valencia²⁸.

5. Durante la primavera de 1936, los militares se vieron sometidos a una fortísima presión ambiental desde los dos lados de la barricada. La prensa de derechas les incitaba a poner fin a las provocaciones de los separatistas catalanes, a los que tildaba de “bicharracos asquerosos”, y sugería entre líneas que pusiesen coto a las maquinaciones de la Komintern²⁹. Desde el parlamento la presión no era menor, aderezada de tremendistas estadísticas sobre el deterioro del orden público³⁰. En la calle, grupos de descontrolados les atacaban de palabra y de obra, situación denunciada oficialmente por Mola y pretexto de la famosa carta que Franco envió a Casares Quiroga³¹. Pero tal vez la presión más tenaz y efectiva fue la ejercida en el seno de su círculo social: «No se puede permitir que las cosas sigan así», les repetían machaconamente amigos y familiares³², llegándose a extremos tan humillantes como cuando algunas mujeres esparcieron maíz en el suelo

²⁶ Julio Busquets y Juan Carlos Losada, *Ruido de sables: las conspiraciones militares en la España del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 49-68.

²⁷ Francisco Alía Miranda, *Julio de 1936: conspiración y alzamiento contra la Segunda República*, Barcelona, Crítica, 2011, p. 43.

²⁸ Michael Alpert, *El Ejército Popular de la República*, Barcelona, Crítica, 2007, pp. 17-22.

²⁹ Ver, por ejemplo, “Súbditos de Rusia”, *ABC*, Madrid, 29 de enero de 1936, p. 30, y “Cuando gobiernan las izquierdas”, *ibidem*, 31 de enero de 1936, p. 18.

³⁰ Varias de estas estadísticas figuran en el artículo de Luis de Galinsoga, “Actualidad española”, *Acción Española*, 87 (mayo de 1936), pp. 363-373, donde también se transcribían algunos párrafos de los incendiarios discursos parlamentarios de la oposición, como el pronunciado por Calvo Sotelo el 6 de mayo de 1936: «Hay una variedad infinita de los hechos englobados en estas cifras; es un cromatismo verdaderamente siniestro, en el que pueden apreciarse todos los matices de la maldad, de la barbarie suelta, del salvajismo y también, ¿por qué no decirlo?, de la autoridad ausente, cuando no cómplice».

³¹ Escrito de Mola al jefe de la 6.ª División Orgánica, de 16 de abril de 1936, en B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre: diario de la conspiración 1936*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 96, y texto de la carta de Franco a Casares Quiroga, de 23 de junio de 1936, en www.generalisimofranco.com/vidas/francisco_franco/anexo005.htm (consultado el 9 de noviembre de 2011).

³² Ronald Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros: historia oral de la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 1979, t. I, p. 114.

durante un baile celebrado en el casino militar de Madrid, ingeniosa forma de llamarles gallinas por no salir en defensa de sus principios³³.

6. Por último, otro importantísimo factor que muchos tuvieron en cuenta a la hora de decantarse a favor o en contra del golpe, aunque muy pocos lo llegasen a admitir, fue el miedo a perder su puesto de trabajo. Como ya se habrá podido deducir de lo que se ha ido exponiendo, la inmensa mayoría de los oficiales de 1936 dependía exclusivamente de su sueldo para mantener a su familia. Y todos conocían la precaria situación económica de los que habían sido separados del servicio por apoyar a la Dictadura o por participar en la Sanjurjada, lo que explica la resistencia encontrada por Mola para encontrar «asistencias», como le gustaba decir, a sus planes subversivos y sus amenazas de última hora para que los indecisos tomasen partido: «Ha de advertirse a los tímidos y vacilantes que aquel que no está con nosotros está contra nosotros, y que como enemigo será tratado. Para los compañeros que no sean compañeros, el movimiento triunfante será inexorable»³⁴. Como enseguida veremos, cuanto mayor era el empleo, y por tanto las cargas familiares, mayor fue la resistencia a embarcarse en la conspiración.

Se ha dejado para el final dar a conocer la proporción de los que apoyaron o se opusieron a la sublevación en los diversos empleos.

1. Como ya se ha anticipado, las tres cuartas partes de los generales de división se negaron a secundar los planes de Mola, factor esencial para que fracasase el golpe en la mayor parte del territorio peninsular. Incluso en Aragón, única demarcación donde se sublevó el general de la división, la mitad del territorio se mantuvo leal a la República. En Baleares, feudo de Goded, tampoco Menorca secundó la rebelión. Sólo las guarniciones canarias apoyaron sin fisuras la sublevación. Marruecos fue un caso singular por las características de la oficialidad africanista y por la eficaz labor proselitista desarrollada por Franco y por

³³ Jesús Pérez Salas, *Guerra en España (1936-1939): bosquejo del problema militar español, de las causas de la guerra y del desarrollo de la misma*, México D. F., Imp. Grafos, 1947, p. 80.

³⁴ Instrucción reservada n.º 5, 20 de junio de 1936. Documentos elaborados por el general de brigada Emilio Mola Vidal, comandante militar de Navarra, para la preparación del golpe de Estado de julio de 1936, en Copias de documentos facilitados por el teniente coronel don Emiliano Fernández Cordón referentes a la preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional. AGMAv, FGC, 31, 4, 8.

Mola desde que estuvieron al frente de aquel ejército en 1934 y 1935. A nivel provincial, la proporción fue algo más favorable a los golpistas, sublevándose 30 de los 57 generales de brigada en activo, aunque no todos con éxito (Gráfico n.º 4).

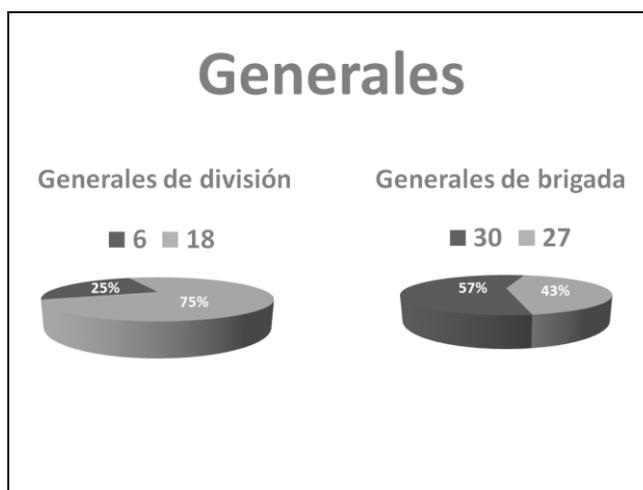


Gráfico n.º 4: Generales que combatieron a favor o en contra de la República en julio de 1936.

2. La mayor parte de los jefes de unidad se negó a secundar el golpe, pese a la presión ejercida por capitanes y tenientes, pero la firmeza de muchos se quebró a medida que fueron conociendo a lo largo del día 19 de julio que el gobierno de Giral había ordenado entregar los fusiles almacenados en los parques de artillería a las milicias socialistas, anarquistas y comunistas. Por lo general, los tenientes coroneles y comandantes acataron disciplinadamente la decisión tomada por su coronel en un sentido u otro. En este escalón, sí puede hablarse de que la mitad se sublevó y la otra mitad se mantuvo leal, pero la suspicacia de los republicanos hacia los militares profesionales condujo a la detención o defección de muchos de ellos, quedando al final la proporción establecida en dos tercios de sublevados por un tercio de leales (Gráfico n.º 5).

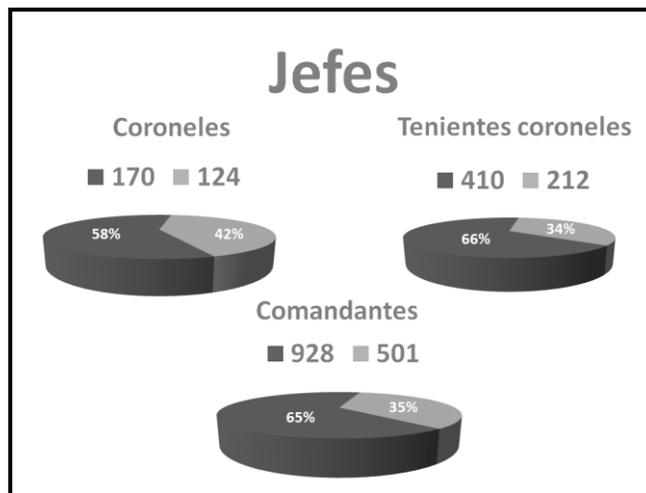


Gráfico n.º 5: Jefes que combatieron a favor o en contra de la República en julio de 1936.

3. Los capitanes y tenientes fueron el principal puntal del golpe, debido a que eran los que menos tenían que perder y por su afinidad con los postulados falangistas, partido que había realizado una eficaz labor proselitista en estos empleos. No ocurrió así con los alféreces, empleo donde sólo se sublevó menos de la mitad. La razón fue el ascenso masivo de 2.300 subtenientes, categoría superior del cuerpo de suboficiales suprimida por Gil Robles a finales de 1935³⁵. Esto supuso que en julio de 1936 el 88 por ciento de los alféreces de las armas y cuerpos de seguridad estuviese más cerca de la forma de pensar de los suboficiales que de los oficiales (Gráfico n.º 6).

³⁵ Ley de 15 de diciembre de 1935, suprimiendo la categoría de Subteniente en el Cuerpo de Suboficiales y disponiendo el ascenso de los que la ostentan al empleo de Alférez, GM n.º 345.

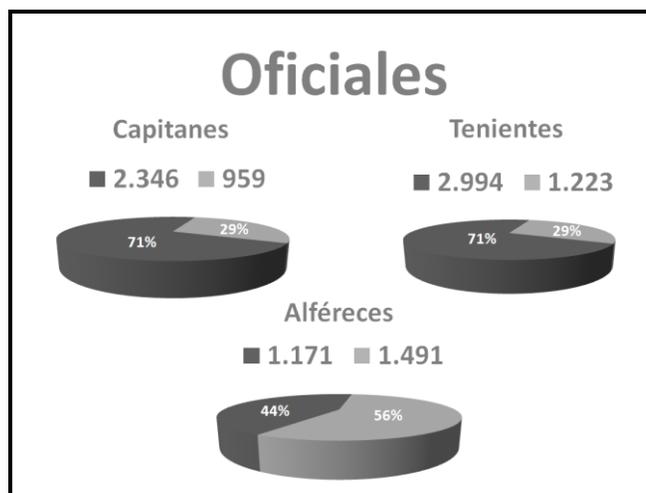


Gráfico n.º 6: Oficiales que combatieron a favor ■ o en contra □ de la República en julio de 1936.

4. Los aproximadamente 127.700 cabos, soldados, guardias civiles, guardias de asalto y carabineros normalmente siguieron los pasos de sus jefes, quedando sus efectivos divididos en algo más de un tercio en poder de la República y menos de dos tercios a disposición de los sublevados. Alrededor de la mitad de los aproximadamente cien mil soldados de reemplazo gozaba de permiso de verano y por si fuera poco, Casares Quiroga, nada más conocer la declaración del estado de guerra en algunas guarniciones, dio el mal paso de disolver las unidades implicadas en el golpe y licenciar a la tropa cuyos cuadros de mando se hubiesen «colocado frente a la legalidad republicana», como decía el segundo de los decretos publicados en la *Gaceta* del 19 de julio de 1936³⁶. Esto produjo una desbandada general en los cuarteles, pues rara había sido la unidad donde el día anterior o ese mismo día no se hubiese producido un conato de levantamiento. Naturalmente, la medida no surtió ningún efecto en las unidades sublevadas (Gráfico n.º 7).

³⁶ Decretos de 18 de julio de 1936, GM n.º 201.



Gráfico n.º 7: Efectivos de tropa que combatieron a favor o en contra de la República en julio de 1936.

5. Entrando en algo más de detalles, los sublevados contaron con algo más de la mitad de los 45.200 cabos y soldados de reemplazo que aquel domingo de julio estaban presentes en el cuartel y no se ausentaron al conocer el decreto de Casares Quiroga, así como con el 45 por ciento de los 52.500 guardias y carabineros de plantilla, pero sobre todo con la totalidad de la nutrida guarnición del Protectorado, estimada en unos 30.000 hombres, entre legionarios, regulares y soldados de reemplazo (Gráfico n.º 8).



Gráfico n.º 8: Efectivos de tropa de los que dispusieron los sublevados en julio de 1936.

6. La República, por tanto, sólo dispuso de menos de la mitad de la tropa de reemplazo y del 55 por ciento de los guardias y carabineros (Gráfico n.º 9).

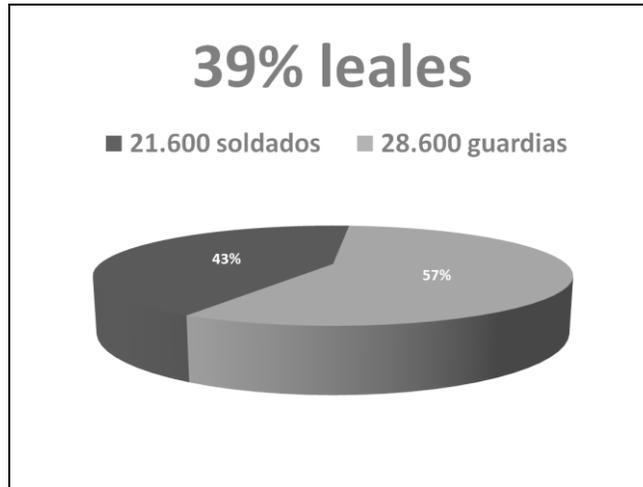


Gráfico n.º 9: Efectivos de tropa de los que dispuso la República en julio de 1936.

A modo de recapitulación, el ejército peninsular se partió aproximadamente en dos por su base, pero no así por su cúpula, que permaneció sensiblemente leal a la República, ni tampoco por sus cuadros intermedios, que apoyaron mayoritariamente la sublevación. La causa de que el golpe de Estado de julio de 1936 desencadenase una guerra civil no debe achacarse por tanto a la división del ejército, como tradicionalmente se ha venido sosteniendo, sino, por una parte, a la ruptura de la cadena de mando, que hizo que muchos oficiales vacilasen sobre la postura que debían adoptar, y, sobre todo, a la masiva y rapidísima reacción del proletariado ante aquel extemporáneo y mal organizado pronunciamiento militar.

Y aunque se salga del objeto de estas páginas, las primeras y fulgurantes victorias de los sublevados tampoco se debieron a contar con más mandos y efectivos que el gobierno republicano nada más producirse el golpe, sino a la incapacidad de los responsables de los Ministerios de la Guerra y de Marina para impedir el traslado de las curtidas tropas coloniales a la Península, al importante apoyo prestado por Alemania e Italia precisamente a estas tropas y a la obscena actitud de las grandes democracias occidentales.